

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUIEN HACE QUE? (2)

LAS PELICULAS

DURANTE mucho tiempo se ha considerado que el cine era una industria. Este tiempo no ha tocado a su fin; se habla todavía, y con buenas razones, de la industria cinematográfica. Cabe alegar que se podría hablar asimismo de la industria musical o de la pictórica; al fin y al cabo, la música y la pintura constituyen a menudo —cuando menos en nuestra época— actividades ligadas a organizaciones industriales y comerciales económicamente vigorosas. Desde luego, la llamada «música popular», incluyendo vastas porciones de la que alardea de indocilidad ante la sociedad industrial moderna, se halla industrializada hasta las cachas, y un respetable sector de la pintura, aun de la de más quilates, está profusamente comercializada. Sin embargo, el cine parece ser el arte industrial por excelencia, y ello por diversas razones.

Para empezar, el cine es caro. Si uno está dispuesto a confiar a la providencia la suerte que va a correr su obra, puede escribir una novela, pintar un cuadro, componer una sinfonía o perfeccionar una cancioncilla sin alterar en demasía su presupuesto. Hasta puede hacer imprimir su obra, o su partitura, o hacer grabar un disco y, ni que decir tiene, una cinta magnetofónica, sin arrojarse por el arte, y den con otras gentes que les sirvan de actores por el mismo precio, todavía queda mucho que raras veces se brinda o presta liberalmente: equipo, o su arriendo, primera materia, trabajo de laboratorio, el cual sube como la espuma tan pronto como el proceso se complica con copias, internegativos, transferencia de sonido, doblaje, mezcla, preparación de bobinas para la impresión, títulos, etcétera. A menos de confinarse a la producción de películas totalmente caseras, hay que estar dispuesto a poner en la obra no sólo esfuerzo, sino también buena copia de dinero. A mayor abundamiento, los gastos crecen cuando se paga a colaboradores de toda laya, o no se saltan a la torera derechos, o se requieren escenarios. El mundo pulula con individuos que van en busca de otros individuos dispuestos a financiar sus películas, o sus ideas más o menos pelucables. Y esos individuos no son únicamente los millares de desconocidos que aspiran a darse a conocer, sino también varias docenas de gentes harto conocidas que tienen que pasar la mayor parte del tiempo debatiendo presupuestos. La biografía de muchos «hacedores de películas» es una sarta de humillaciones y frustraciones causadas por la imposibilidad de hacer lo que se proponían hacer, o por el reconocimiento de que lo que hicieron no es exactamente lo que se proponían.

Las razones aducidas no son ajenas al hecho de que desde muy pronto la producción de películas tomó el carácter de una «empresa». Era menester sufragar los gastos de la producción de películas, pero la naturaleza humana —por lo menos la naturaleza humana en la moderna sociedad industrial— no se contenta con sufragar gastos; aspira también, y sobre todo, a

hacerse. Este requiere comercializar el producto. Lo cual, bien entendido, sucede también en otras actividades artísticas, especialmente en las que se traducen en espectáculos. Poner en pie una compañía teatral, o de ópera, o un ballet, o una orquesta sinfónica, etcétera, no es cosa que pueda hacerse con cuatro chavetas —ni, hoy día, con cuatro millones—, y sucede con frecuencia que la carencia de la empresa determina el producto, o tipo de producto, que ésta ofrece, y hasta condicione la producción. Mas no al punto que ha ocurrido con el cine, donde buena parte de la producción se ha amado con el ojo puesto en el rédito o, si los réditos no cuentan, en el consumo.

El carácter empresarial de la producción cinematográfica se debe también a otros motivos, y aunque ninguno de ellos está estrictamente desligado de los factores económicos, pueden considerarse independientemente. Por ejemplo, el que el cine apareciera desde muy temprano menos como un arte que como un «entretenimiento», y como uno que siendo joven y sin compromisos parecía poder prescindir de, o no inmolarse enteramente a, la dimensión artística. Aunque en muchos casos el carácter industrial (casi siempre, capitalista, pero algunas veces socialista) de la producción cinematográfica no le impidió desarrollarse artísticamente —y esto fue cierto por lo menos desde Griffith—, esta producción siguió siendo considerada principalmente como la producción de un «entretenimiento» o de un «mero espectáculo». Hasta hace relativamente poco era común, entre los «intelectuales», y especialmente entre los escritores, despreciar el cine tan a fondo como a la hora actual muchos de la misma especie lo idolatran, y hasta marchan a remolque suyo. El cine no parecía ser, en suma, cosa «seria»; en todo caso, no parecía ser un arte cabal, y en la medida en que haya algo puro en el mundo, un arte puro —o «puro arte».

Cuando se habla del cine como industria proveedora de «entretenimiento» se piensa siempre, o casi siempre, en Hollywood, con sus dinastías de Grandes Mongoles, sus constelaciones de estrellas, sus gigantescos estudios, sus ejércitos de técnicos, sus tropes de directores, cinematógrafos y autores de guiones y sus rebaños de agentes de publicidad. Hollywood se erigió en modelo —no necesariamente ejemplar— de la empresa cinematográfica, intangible paridora de espectáculos, fábrica altamente rentable de ensueños. En algún sentido, pues, Hollywood ha sido la Meca del cine como industria en la sociedad capitalista moderna. Pero, a diferencia de La Meca musulmana, ha habido, y hay, numerosas Mecas cinematográficas, incluyendo algunas que, dentro de muy otros marcos económicos y sociales, han impuesto, e imponen, su sello y su poder a todos los que aspiran a hacer cine y hacerlo accesible a un público, por «distinguido» que éste sea. No parece posible, en el cine, escapar a alguna forma de «empresa», o cuando menos evitar batallar con alguna clase de hipoteca.

La situación de la producción cinematográfica hoy día es menos ingratita para los cineastas creadores, pero no es com-

parable aún a la de los cultivadores de otras artes. Aunque en más de un sentido Hollywood ha pasado a la historia, no se ha alejado todavía a su entierro. Para empezar, Hollywood —y ello vale para los diversos Hollywood más o menos enmasaados que aún coleean— practica la ya casi tradicional política de surtir el mercado con los productos más en demanda, incluyendo muchos que añejo parecían sospechosos o, en el sentido literal de este término, contraproducentes. Si el mercado pide películas «anti-Hollywood», Hollywood se encargará oportunamente de confeccionarlas —ni que decir tiene, con todas las mañas del caso—. Con ello, Hollywood —un nombre que funciona aquí meramente como un símbolo— se limita a hacer lo que hacen todos los que trafican —comercialmente, o políticamente— con el halago; pídanse sexo, narcóticos o revolución, y ahí irán a carretadas. Por si fuera poco, los grandes empresarios siguen gozando de salud espléndida; los llamados «productores independientes» se han multiplicado y han demostrado que se pueden hacer películas sin echar la casa por la ventana, pero aun entonces se encuentran inermes sin espaldarazos económicos y sin el apoyo de algún sistema de distribución falto del cual los esfuerzos del cineasta son penas de amor perdidas.

Con ello volvemos al principio: por barata que cueste, una película resulta siempre cara, y es excepcional que una sola persona, que sea, además, la que pueda emprenderla, consiga financiarla.

Nada de ello quiere decir que no se puedan hacer películas sin concesiones, o que no quepa hacer exactamente lo contrario de dar gato por liebre: dar liebre por gato. Esto se ha hecho repetidamente, y hasta con éxito, o cuando menos no fracaso, económico. Sin embargo, el cine ha sido hasta el presente más frecuentemente mediaticado que otras artes —mediaticado, no sólo, como ocurre con todas las artes, condicionado por, e imbricado con, factores extraartísticos—. En la gran mayoría de los casos, hacer cine es hacer frente a una serie inacabable de barreras, ataques y obstrucciones que no sirven ni siquiera para estimular a un talento creador.

Ahora bien, suponiendo que todas estas dificultades se resolviesen, y suponiendo que los llamados «productores» en el cine —fuese personas, empresas comerciales, instituciones estatales o cooperativas— se limitasen a proporcionar las bases económicas para la producción de películas y hacer menos selvático y errático su distribución, todavía no quedaría bien claro quién hace las películas. En buena parte, esta dificultad se debe a motivos similares a los apuntados respecto al teatro, pero se agregan a ello dificultades debidas a la ausencia de «autores» perfectamente identificables. ¿O es que en el cine no hay, propiamente hablando, «autor», y la «teoría del autor» en el cine, tan diestra y fervientemente elaborada por los clásicos de la «nueva ola» no pasa de ser un pladoso deseo? Como en casi todo, la respuesta provisional es: sí y no.

J. FERRATER MORA

PRO Y CONTRA

EL RETORNO A LA BICICLETA

CADA día crece la alarma ante los peligros de la llamada «contaminación de la atmósfera». Los papeles impresos de circulación periódica se ocupan del asunto con grandes titulares, comentarios solemnes y reportajes exclamados. Y en algunos sitios hasta se han producido manifestaciones callejeras, a base de estudiantes y madres de familia, para dar a la protesta un relativo alcance espectacular. La cosa no es para menos, desde luego. Se trata de una amenaza bronca, cuyas consecuencias pueden adquirir un cariz realmente tenebroso, a poco que nos descuidemos. La causa del riesgo no es ningún secreto: los grandes centros industriales con sus residuos tóxicos —gases, cenizas, chamusquina, desperdicios—, la ingente y cotidiana basura de las aglomeraciones urbanas, el uso y abuso de los vehículos que funcionan a impulso de motores de explosión... De hecho, son las mismas ventajas del mundo en que vivimos. Mejor dicho: la contrapartida de estas ventajas. El incipiente «bienestar» generalizado que debemos a la expansión tecnológica, por lo demás indiscutible, lleva consigo, de momento, la amarga insidia de un ataque a la salud pública. Y no sólo es la atmósfera lo «contaminado»: también los ríos y los mares, y las tierras —de eso todavía no se habla— y, en definitiva, la flora y la fauna, incluyendo nuestra propia especie. No necesita insistir en detalles: todos sabemos de qué va.

Hubo un tiempo en que, para representar decorativamente el progreso material en nuestras sociedades, los dibujantes, los poetas y los concejales de vocación oratoria solían acudir a la imagen de las chimeneas y sus fumarolas. El humo era como una bandera de alegría y de trabajo: el humo industrial, se entiende. Los panoramas con riscos, bosques o sembrados resultaban gloriosamente líricos, sin duda, muy estimables, y más si se adornaban con un rebañito, un labriego de honrados sudores o un campanario evocador; pero

las fábricas y sus penachos constituían el verdadero símbolo de la prosperidad colectiva. La razón —el «sentido de la historia», como decían hasta hace poco algunos de nuestros más conspicuos intelectuales— estaba del lado del hollín. Sobre eso no cabe la menor discusión. La alternativa agropecuaria significaba el estancamiento y el deterioro social... Ahora los mitos cambian: surge de nuevo el grupo bucólico, aunque bastante trastocado, con playas soleadas, bungalows dotados de piscina, excursiones domingueras, campinga gurruminos y demás estampas de «retorno a la naturaleza». Los hombres de ciencia apoyan la maniobra con sus denuncias de la «polución del aire». En todo ello hay una confusión considerable, donde se mezclan intereses de inmobiliarias, expendierías de whisky con nenas balanceantes y música animada, reivindicaciones laborales y trasiego de divisas. Pero la «polución del aire» es cierta: desgraciadamente, ciertísima.

Y he aquí lo que parece que se pretende insinuar: el «retorno a la naturaleza» tendría que ser un «retorno a la bicicleta». Literalmente. He visto fotos de piquetes de manifestantes —lejanos, claro está: no recuerdo el en Londres o en Nueva York— que, para formalizar su protesta, no sólo exhibían los cartones manuscritos propios del caso, sino que montaban en velocípedo. Si: unas tiernísimas bicicletas venían a encarnar la esperanza de la salubridad en la respiración del vecindario de las ciudades enormes. Contra la «desarrollada» multiplicación de los seiscentos y de los mil, el pedaleo se presenta como una solución válida. Y no vale objetar que la bicicleta, en este contexto, tiene el único designio de una «metáfora». Las «metáforas», por absurdas o retorcidas que parezcan, son siempre unas nítidas confesiones «directas». Las ingenuas señoras que, con su pancarta y su bici, desfilaron por la Quinta Avenida o por Trafalgar Square —¿quizá era Liverpool, o Chicago, o Ham-

burgo?—, creen que la abrumadora «contaminación de la atmósfera» que sufren sus respectivas poblaciones podría mitigarse y, notablemente, si sus habitantes abandonasen el motor en sus idas y venidas. La bicicleta es inocua. Y —piensan— con una bicicleta se puede ir y venir de un lado para otro: a la universidad, a la oficina, a los consejos de administración, a las visitas o a las compras, al banco, a practicar el amor o la tertulia intelectual, y etcétera. La ilusión no puede ser más pueril. Es un cálculo falso. Las calles de la civilización occidental y cristiana están condenadas a recibir cada vez más monóxido de carbono, y otros monóxidos y bióxidos expelidos por las máquinas de trasiego habitual...

El remedio no es la bicicleta, por supuesto. Desconfiemos de los «retornos»: acostumbáramos a ser nefastos, y si no lo son del todo, es porque son, en el fondo, imposibles. No hay manera de volver atrás. Sería suicida, además. Metidos en el juego de las alusiones, a la «bicicleta» corresponderían otras innumerables renuncias, que nadie se atrevería a aventurar. Las molestias y las tragedias no empiezan ni terminan con la «polución del aire». Ahí tienen ustedes eso de la energía nuclear, por ejemplo. Sus aplicaciones pacíficas se anuncian como una atable aproximación a Jauja. Estemos seguros de que el anuncio es razonable y justo. Pero el precio de la angustia que las bombas y chismes similares nos sugieren. ¿Las llamantes computadoras, que tanto prometen? Nadie ignora para qué pueden ser «también» utilizadas: para el control administrativo y policial más riguroso. Una memoria electrónica con los datos —todos— de todos y cada uno de los contribuyentes, ha de ser, quiérase o no, la peor mediaticación de la libertad individual. Y ya está en marcha en algún país, por lo que se sabe o se sospecha. La misma obsesión de asepsia a que los médicos nos han inducido —y muchas gracias, que no es para regatearlas— provoca una euforia de plásticos, pape-

les, celofanes, cajas, latas, vidrios, que, una vez «gastados», hay que echar. O sea: un increíble volumen de sobras, barraduras, pringue, cartones, envases, que nuestros abuelos desconocieron. Y podríamos seguir: los ruidos, los accidentes de carretera o de navegación aérea, las truchas y los salmones acumulados en difuntos... Ya se ve lo que quiero decir, supongo. Cada «pro» tiene su «contra».

Y no predico que haya que aguantarse, ¡alto! Por encima de cualquier sentimentalismo de urgencia, hay que aferrarse al «pro». Nos aferramos al «pro»; instintivamente. De ello depende nuestra precaria comodidad actual; de ello dependen las comodidades aumentadas de quienes vendrán después de nosotros. Pero hay que ser igualmente enérgicos en la demanda de garantías contra el «contra». Entre las cuales no figura la bicicleta, en efecto. La bicicleta es una invitación rousseauiana, escapista y boba. Quizá no en Holanda: me han contado en que en Holanda la bicicleta es como un zapato nacional, y desde la reina Juliana hasta los obispos luteranos y los jueces del Tribunal Supremo, la entera demografía local se aplica al ciclismo con idéntico entusiasmo patriótico que en España a los toros o en Francia a los premios y a los manifiestos literarios. (Buena: en España, al fútbol.) Pero, anécdotas aparte, la bicicleta no es una opción. El problema ha de resolverse por otros caminos... Y que nadie se exceda por la expectativa del optimismo: mientras «haya» átomos a desintegrar, Hiroshima será una eventualidad inesquivable. Los beneficios posibles quedan tarados por su siniestro correlato... El planteamiento es un poco deprimente, lo sé. Pero «tertium non datur». Porque eso, esta «tercera» hipótesis, sería —a lo sumo— una conmovedora manera de chuparse el dedo...

Joan FUSTER



NUEVOS HECHOS SOBRE LA PERDIDA DEL CABELLO

La primera y más grande Organización Internacional, 60 sucursales, fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados.

Queremos informarles que existe el tratamiento de higiene capilar adecuado para conservar y conseguir que el cabello y parcialmente atrofiado, se vigorice.

El tratamiento de higiene capilar Akers-I. C. Internacional constituye un gran avance en el campo de la ciencia cosmética aplicada en la renovación del cabello caído precozmente o debilitado.

Cada caso de calvicie prematura o de pérdida de cabello tiene unas características particulares y debe ser tratado conforme a las mismas.

Sólo nos resta añadir que el Instituto Capilar Internacional está bajo control médico conforme lo establecido por la Ley. Usted puede tener plena confianza en todos los tratamientos cosméticos hechos en nuestro Instituto. Visítenos hoy mismo o reserve hora por teléfono.

INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL
Métodos AKERS I. C. Internacional
Únicos Institutos auténticos en España
Avenida José Antonio, 634, 10.º Dep. A. B. C.
Esq. P.º de Gracia. Tel. 231-70-82. — Barcelona
Avenida José Antonio, 62, 7.º Dep. 5
Teléfono 248-22-48. — Madrid
Edificio Eurototo, 8.º Tel. 22-60-56. — Valencia
Consultas

Lunes a viernes, de 10 a 20 horas
Sábados de 10 a 18 horas
Dir. M. Piera. B. Mosquera
Dirección Médica. Dr. Francisco Tarré
Instituto en Londres - París - Niza - Marsella
Berlín - Hamburgo - Munich - Viena - Zurich y
Ginebra

TAMBIEN PARA PERSONAS QUE RESIDAN FUERA
C. P. S. 179